

01 de junio de 2020

Libreta nueva, igual que el mes. Y lunes.

Acabo de releer lo que escribí ayer. ¿De verdad estoy aquí?

Eso parece, aquí conmigo, yo.

Y puedo dormir del tirón, y sentirme tranquila. Vaya primavera, amiga.

Esta mañana me levanté antes de que sonara el despertador. Qué bueno es levantarse sin prisa, y con ganas. No puedo dejar de comparar con mis días de antes, cuando tenía que levantarme para irme a la oficina de la negrura. Los días grises. Ya no son, ya no están. Y no sé si es que ya no tengo que ir o es que yo soy otra.

Puede que sea medio y medio. Quiero decir, no soy impermeable, y veo que lo que tengo alrededor es capaz de afectarme hasta hundirme. ¿Qué hubiera sido de mí si no me hubieran despedido? Hoy me ha dado por pensar en esto.

Ahora estoy en esta casa, rodeada de libretas y de todas las cosas de Tía Enriqueta, con la que me siento más unida cada día. Y Pedro. Y yo. Primero yo. Es un ejercicio constante. Traerme de vuelta a mí, hasta reconocer todos mis rincones, tanto como los de esta casa, como los rincones de Tía Enriqueta. Hasta que no llegue ese momento, no puede haber entrada para Pedro.

¿Me estaré equivocando?

No puedo dejar de hacerme esta pregunta cada tanto. Si es un error, lo veré más adelante, porque ahora es el único motor que me hace andar.

Hoy he seguido con mis rituales. Salir de la cama, estirarme y llevarme hasta la cocina. De verdad, sólo yo soy consciente del cambio tan sustancial que es para mi mente levantarme con algo en la barriga que empiezo a identificar como hambre. Y es algo limpio, solo, natural. No viene acompañado de cálculos de cantidades, ni tampoco de otros sentimientos como la culpa, la exigencia o la vergüenza. Es sólo necesidad de llenar el vacío que hay en mi estómago. No un vacío mental, es un vacío real y físico.

Saqué una rebanada de pan del congelador y la dejé que se fuera descongelando mientras me terminaba de despertar con una ducha. Hice café y me calenté un poco de leche. Y al pan sólo le eché un chorrito de aceite. Tan simple como eso. Aceite y sal. Y fui capaz de disfrutar todos esos sabores y de percibir el regocijo de mi cuerpo por darle alimento, por darle justo lo que necesita. Qué sentimientos tan diferentes. Comer y sentirme bien, en lugar de sentir que he hecho algo malo, que no merezco comer. Que no me estoy dando el castigo que en realidad necesito.

¿Por qué quería castigarme tanto?

Supongo que en algún momento llegaré a entenderlo.

Luego me fui a la playa con Tango y Cash. Estaba el día ventoso, y no me apeteció nada meterme en el agua. Sólo metí los pies. Siempre esta mar me despierta. Es como una corriente eléctrica que me sube por los tobillos y me llega al pelo. Y me infunde unas ganas y una energía que no reconozco como mías.

Me vine a la casa con toda esa energía y, después de quitarme el agua salada de los pies, me puse manos a la obra con mi trabajo.

No me he dado cuenta, pero ya tengo seis años enteros digitalizados y archivados; de 1981 a 1987. Me pregunto si debería ir entregando este trabajo o seguir ordenando hasta el final. Le preguntaré a Belén, que seguramente vendrá por aquí esta semana.

De esos años hay mucho de revoltura pero mucho de foco. Me fascina la determinación con la que Tía Enriqueta se fijó el objetivo de salir adelante con su empresa y no despistarse con nada. De verdad que ese carácter tuvo que venirle de fábrica, porque mira que estaba enfocada la señora.

Tocó puertas y ventanas, y en ninguna de las libretas de ese tiempo se ve por ningún lado una duda, ni la posibilidad de dejarlo todo. Y me consta que no siempre lo tuvo fácil, sobre todo esos primeros años. Todavía pienso en el momento en que descubrí que trabajó con papá, y se me eriza el vello de la nuca. ¿Cuánta conexión puede haber entre Tía Enriqueta y yo?

Yo no me veo así, para nada. Ni enfocada, ni determinada, ni segura, ni clara. Seguramente con eso se nace. No me tocó el día del reparto, supongo.

Ando estos días con esta cuestión en la cabeza. A primeros de año caí en el pozo, en la mazmorra. Llegó Pedro, viví. Creí que fui yo. Pero entonces me di cuenta de que me caía mal, de que yo me caía mal. De que la persona que estaba viviendo esta historia de amor —se me escapa un chorrillo de risa entre los dientes cuando escribo esto— no me caía bien. Y aunque no ha sido algo que me haya llevado un esfuerzo descomunal, sí es cierto que me he convertido en otra persona, una que, al menos, me cae mejor. Una suficiente, capaz y mejor.

¿Y si resulta que la determinación se puede entrenar también?

¿Y encontrar un foco y dirigirte a él como si fueras una felina y el foco tu presa?

¿Por qué he hecho la metáfora con una felina y su presa, en lugar de la luz y la polilla?

Puede ser que, para mí, el foco y fijarse en un objetivo tiene más de determinación de cazadora que de perseguidora de estrellas.

Poder convertirte en la persona que quieres debe ser como el propósito de vida, ¿no?

Estos días de desescalada o post pandemia, o no sé qué, que con tanto lío no sé ni dónde estamos, esto del propósito es *trending topic*. En todos lados hay gente buscando su propósito. ¿Y yo qué busco?

A mediodía me hice lentejas, para seguir con las tradiciones que marca la casa. Las de hoy, compuestas, con bien de picante y muchas especias. Un poco de arroz, aguacate y plátano. Y me supieron a gloria.

Tengo la sensación de que soy una pesada, pero es que creo que aún sin haber terminado el año, esta cuestión de la comida está siendo mi triunfo. Treinta años me ha costado cuidarme como una persona adulta. Chúpate esa.

02 de junio de 2020

Hoy ha sido un día de silencio, pero con tanta luz que era imposible no sentirte en paz. Desde primera hora los rayos del sol entraron por la ventana del dormitorio. La casa estaba en completa calma y silencio. Me dejé estar en la cama disfrutando de este momento de luz y quietud.

Después de la ducha y el desayuno me fui a caminar. Me hacen gracia los perros, porque me ven levantarme, pero siguen calmados. Antes incluso de meterme en la ducha abro la puerta de la terraza para ir a saludarlos. Es una forma secreta que tengo de darles las gracias por cuidarme durante toda la noche. Mira tú qué cosas, saber que estos dos animales están afuera me da toda la tranquilidad y seguridad del mundo. Después de saludarlos, ellos se quedan tranquilos en su sitio. Pero no es hasta que me ven coger la chaqueta y salir de la cocina cuando se ponen nerviosos.

Viendo cómo reaccionan los perros en cuanto cojo la chaqueta, me puse a pensar en el pasaje del Principito en el que el zorro le pide al Príncipe que lo domestique, y que cuando lo haga, estará pendiente de la hora y de sus movimientos, porque sabrá que se acerca el momento de estar juntos.

Será esto, Tango y Cash están domesticados. Ya saben que ponerme la chaqueta es signo inequívoco de que nos vamos a la calle.

Llevo todo el día pensando en este pasaje del Principito. Con eso en mente, esta tarde después de comer y volver al cuarto de las libretas, reparé en una filita de libros que estaban en el fondo de la mesa. No sé si llevan allí todos los meses que llevo aquí. Pero desde luego hasta hoy no me había dado cuenta. Flípate. ¿A que no sabes qué libro estaba en el montoncito? El *fokin* Principito.

Estas cosas hacen que se me pongan en guardia todas mis neuronas, hasta las tres locas que cantan. Como comprenderás, he sacado el libro del montoncito y me voy a poner a leerlo. Hace mucho tiempo que no lo hago, y siempre me recoloca.

Desde que estoy en esta casa me pasan cosas, así como mágicas, que ya he decidido que no voy a cuestionar. Escribiendo esto me doy cuenta de que hace días que no siento ni veo los cuervos. Me cuesta escribir esto, pero los echo de menos.

He llegado a la libreta de 1987 y ha aparecido Ewa.

Viernes 9 de enero 1987

Vengo cansada pero emocionada.

Ha sido otro viernes más de muchas entradas y muchas salidas. Ciertamente esto de ser la jefa difiere bastante de lo que hacía antes. No puedo decir que no me guste, pero es bastante más cansado. Claro que cuando veo a las chicas reír, mientras pasan la escoba, y las veo caminar deprisa con sus útiles para hacer el trabajo, se me pasa el cansancio, al menos un poco.

Atrás quedaron todos aquellos días de movernos como marionetas. ¡Qué bueno que eso quedó atrás! Limpiamos, pero mandamos. Y ni una peseta de menos.

Después de repartir las habitaciones en la pensión 2, cogí yo misma mis cosas para empezar a hacer mi parte. Al pasar por la recepción, me encontré a una alemana. Andaba como nerviosa, rebuscando algo. En el mostrador había un señor terminando de hacer la entrada.

La vi tan apurada que me acerqué a ella. Volví a lamentar no saber defenderme en otra lengua más que en la mía. Y pensé que esto tengo que solucionarlo. Por señas pudimos entendernos.

Lo que pude entender es que se le había perdido un pañuelo. Por cómo lo buscaba, debía de ser valioso.

Mientras el señor, que luego supe que era su marido, terminaba de hacer los trámites para alojarse, le pedí que me acompañara a deshacer el camino de vuelta. Apenas habíamos salido de la recepción cuando Marita, la de Alonsito, venía con una pañoleta en la mano. Al parecer se le cayó al bajar del taxi.

El alivio que vi en la cara de la señora fue monumental. Sólo decía "danke danke... ohhh danke danke"

Así que hoy he aprendido mi primera palabra en alemán.

No va a ser la última.

No me extrañó que la señora estuviera tan agradecida. La pañoleta era una obra de arte. Era de color crudo, como de lana sin teñir, pero de una lana muy suave, nada que ver con la nuestra. Por el tacto y la forma, yo diría que estaba tejida a dos agujas. Realmente era una prenda preciosa.

La acompañé de vuelta a la recepción, donde me agarró la mano y señalándose el pecho dijo: "Efa", y se me quedó mirando. Yo hice lo mismo y dije: "Enriqueta".

Ahora me acuerdo y me río, parecíamos Tarzán y Jane, en esa película en blanco y negro que papá ve cada vez que puede.

Martes 13 de enero de 1987

Hoy es martes 13, ni te cases, ni te embarques, ni de tu casa te apartes; lo que se lleva diciendo toda la vida por estos lares. Otro refrán que voy a tener a bien destruir. Como lo de los cuervos, y como todo esto del mal fario.

Me gusta el 13 y me gustan los martes. No tengo ni idea de por qué, pero no me parecen un mal día. El trabajo es ligero, y llego a casa con ganas todavía de salir a coger aire caminando hasta El Roque y darle una vuelta a los árboles.

Hace frío. El frío de enero que huele a salitre, y que a mí me deja con los pulmones abiertos y las ideas despejadas. Después de tanta fiesta y tanta reunión, esta soledad y este mal tiempo me ayudan a limpiarme.

La particularidad del día de hoy viene porque me volví a encontrar a la alemana. Me parece que se va a quedar con este nombre. Normalmente no vemos a los huéspedes más de una vez, porque una vez que vienen a la isla, están una semana y trasponen. Me dio la sensación de que este

matrimonio vino por más tiempo. Volvimos a hablarnos por señas y milagrosamente nos entendimos.

Hoy llevaba puesta una mantilla más gorda que la del otro día. De colores vivos. Me llamó tanto la atención que la toqué y le hice señas de que lanzaba un beso mientras cerraba los ojos, quería decirle que me parecía una belleza. Ella sonrió y volvió a decir: "danke danke".

No sé yo si voy a aprender mucho alemán con esta señora. Yo no sé nada, pero ella parece que tampoco sabe más palabras. Yo aquí con ganas de seguir avanzando en la lengua y ella que no me colabora.

Después de leer esto, no he podido pasar por alto algo. Dice que va caminando al Roque, y entonces ¿dónde estaba?

Será una errata al escribir, aunque viendo el resto del texto no lo parece. Le tendré que preguntar a Belén.

Una de mis neuronas, la que no piensa y todo le parece bien, anda dándome gritos diciéndome que le escriba a Pedro, ¿quién mejor que Pedro para decirme si esto es un error?

Me traigo al orden, y ya le he mandado un *whatsapp* a Belén. Me ha contestado sobre la marcha: "No, no es un error. Enriqueta vivía en El Cotillo en esa época. Te cuento el viernes".

¡Ah! Que resulta que esta casa no ha sido siempre la casa de ella. Esto sí que no me lo esperaba. Pero claro, viendo la casa, se nota que no es nuevísima, pero desde luego no es una casa de hace cuarenta años. Que también podría estar reformada... pero no, esto cobra otro sentido.